

DOMINGO I DE ADVIENTO (B)
Homilía del P. Andreu Marquès, monje de Montserrat
30 de noviembre de 2008
Mc 13, 33-37

El evangelio de hoy empezaba con estas palabras: «Mirad, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento». Lo primero que nos preguntamos es, pues: ¿"De qué tiempo decisivo se trata"? La respuesta del evangelio es muy clara: «Entonces verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes con gran poder y majestad» (Mc 13, 26). El tiempo decisivo será el retorno del Hijo del hombre (o también podemos decir «el día de Jesucristo», como ha dicho san Pablo en la segunda lectura). Además, también queríamos saber: "Este retorno del Hijo del hombre, este día de Jesucristo, ¿cuándo será"? Esta pregunta, el evangelio no nos la responde. Todo lo contrario: en una pequeña parábola sobre un dueño de casa que se va a tierras lejanas y da al portero el encargo de velar, el evangelio de hoy nos ha dicho: «No sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos». Y quizás todavía haríamos una tercera pregunta, si no encontráramos el tema demasiado abstruso y complicado: ¿"Cómo será el día del Hijo de hombre"?

Pero esta impresión de cosa extraña y complicada no está del todo justificada, ya que cada domingo, cuando celebramos la eucaristía, nos referimos a este día, al día de Jesucristo. Siempre que celebramos la eucaristía, «unidos en la caridad, celebramos su muerte, confesamos con fe viva su resurrección y esperamos firmemente su retorno glorioso». En todas nuestras eucaristías expresamos, pues, nuestra firme esperanza en el retorno de Jesucristo al final de todo (cuándo todo se acabe para nosotros). Y decimos "retorno" porque Jesús ya vino la primera Navidad, cuando nació humildemente en un establo de Belén.

Cuando, pues, las lecturas de la misa de hoy nos han hablado del retorno de Jesucristo (o de su segunda venida, como también se suele llamar) no nos han puesto en frente ningún tema nuevo o extraño, sino una verdad importante que sale cada domingo. Y esta verdad es la siguiente: en la persona de Jesús, Dios ha venido, viene y vendrá para nuestra salvación. "Para nuestra salvación" quiere decir que en Jesús encontramos la ayuda para que nuestra vida no esté vacía, no sea un páramo, sino una vida que dé frutos de verdad y de bondad para nosotros y para los otros.

Pero así como en las últimas semanas del Adviento concentraremos nuestra atención en la primera venida de Jesús, la venida en la humildad de la Navidad, hoy somos invitados a fijarnos en la segunda venida (la venida del final de todo), a esperarla y a prepararnos, velando, a una segunda venida que llamamos gloriosa.

Estas palabras, sin embargo, ("venida humilde" y "venida gloriosa" que saldrán también en el prefacio) no nos tendrían que engañar: las dos venidas son, en el fondo, lo mismo: en las dos es Dios quien viene a salvarnos. Los evangelios nos lo dicen bien claramente refiriéndose a la venida gloriosa: «Cuando todo eso empiece a suceder, alzad la cabeza bien alto, porque muy pronto» seréis «liberados» (Lc 21,28). También de la segunda venida de Jesús al final del tiempo podemos decir y tenemos que decir, cómo lo decimos de Navidad: «Nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte» (Lc 1,78-79). El día del final de nuestra historia será, como lo fue y lo es el día de Navidad, un día de liberación y de luz.

Pero en la Sagrada Escritura encontramos también expresiones misteriosas e inquietantes para hablar del final de los tiempos y del retorno del Señor. Por lo tanto no es del todo extraño que a menudo se haya hablado de las realidades del final no como realidades luminosas y liberadoras sino como realidades oscuras, enigmáticas e inquietantes, más propias de cálculos esotéricos y de profecías misteriosas y siniestras que no de la buena noticia de nuestra salvación. Y, a pesar de todo (a pesar de toda la imaginería apocalíptica), hay que mantenerlo firmemente: las palabras del evangelio « Entonces verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes con gran poder y majestad» (Mc 13, 26) son puro evangelio, son el mensaje jubiloso que nuestros anhelos más profundos serán entonces satisfechos. ¿Por qué? Porque el Hijo del hombre del evangelio de hoy no es otro que Jesús, dulce y humilde de corazón, y porque su evangelio es siempre buena noticia de consuelo y esperanza.

Y vamos ahora a la tercera pregunta (que a duras penas hemos osado formular). ¿Qué pasará aquel día? En primer lugar, aquel día será satisfecho nuestro anhelo de vencer la oscuridad y ver claro. Como dice el apóstol Pablo: «Ahora vemos de manera oscura, como en un espejo poco claro; entonces veremos cara a cara. Ahora mi conocimiento es limitado; entonces conoceré del todo, tal como Dios me conoce» (1Cor 13,12; cf. 2Cor 5,7). Esperar el retorno de Jesús quiere decir esperar que pase nuestro mundo de tiniebla y que se conviertan en realidad aquel cielo nuevo y aquella tierra nueva donde reinará la justicia y, por lo tanto, la verdad (cf. 2Pe 3,13).

Yo diría que lo que denominamos "juicio final" será la respuesta de Dios al anhelo de justicia y de verdad que todos llevamos en el corazón, justicia y verdad que en nuestro mundo a menudo son pisoteadas. Como dice el Qohelet: «En la tierra hay [sobre todo] una cosa que me decepciona: hay justos a quien van las cosas como si fueran malvados y hay malvados a quien las cosas van como si fueran justos» (Qoh 8,14). Cuando estemos delante del Señor, el último día, se restablecerá la verdad -y con ella la justicia-, aquella verdad que las falsas grandezas y las mentiras de nuestro mundo a menudo ocultan. Pero lo importante del último día no es en absoluto que se manifieste la verdad de los otros, sino que se manifieste nuestra verdad (que a menudo no conocemos) y sobre todo la verdad de Dios (que conocemos menos todavía). Esperamos que el último día se aplique a nosotros aquello del Apóstol: «Cuando se manifieste Cristo, que es nuestra vida, también nosotros nos manifestaremos con él plenos de gloria» (Col 3,4). Esperamos también que nuestros descubrimientos de entonces sean del tipo del asombro de aquéllos que el juez divino pondrá a su derecha y que dirán sorprendidos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos comer; o cuándo tenías sed y te dimos de beber? (Mt 25,37), y que no sean como las sorpresas de aquéllos que el juez pondrá a su izquierda y que dirán llenos de estupor: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, forastero o desnudo, enfermo o a la prisión, y no te asistimos?» (Mt 25,44). Es eso precisamente lo que hemos pedido en la oración del comienzo: salir al encuentro de Cristo, acompañados por las buenas obras, para que, colocados un día a su derecha, merezcamos poseer el reino eterno.

Pero además de esperar el retorno del Señor y su juicio, esperamos sobre todo la visión de Dios, el objeto mayor de esperanza y la luz mayor. «Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8). Felices porque podrán satisfacer el anhelo de verdad que siempre han llevado en el corazón. ¡O Veritas! ¡[oh Verdad!], decía siempre un padre de la iglesia dirigiéndose a Dios. Y también: «Nos has ido orientando hacia Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en Ti» (Conf. 1, 1,1).

Hermanos y hermanas: que la firme esperanza de que al final triunfarán plenamente la verdad, la justicia, la paz y -como resumen de todo- el amor nos anime a trabajar ya desde ahora.